

La «falla», digamos, básica del discurso objetivo histórico de Cide Hamete es que su acto de enunciación tiene la tendencia de perder su poder representativo, es decir, el proceso de la enunciación se interpone en el relato, y el contacto con los hechos del hidalgo y su mundo se suspende. Ruth El Saffar ha advertido este problema de la simultaneidad de la narración y de los hechos narrativos: «At times he [Cide Hamete] seems to be right upon Don Quixote and Sancho's footsteps allowing their actions to dictate his words. Suddenly, however, he will shift his position and reassert his foreknowledge of the end and over all control by revealing something which no actual spectator could relate.»¹⁹ Tenemos varios ejemplos de estos signos de la enunciación²⁰ que nos fijan la atención en el historiador, el enunciante de este discurso. Cide Hamete dice que se sintió incómodo al relatar el capítulo del encantamiento fingido de Dulcinea hecho por Sancho y la reacción del caballero porque estaba «temeroso de que no había de ser creído» (II, 10). Aunque la realidad que tiene que relatar parece tan increíble, la narra «sin añadir ni quitar a la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada de objeciones que podían ponerle de mentiroso»²¹. Cide Hamete no quiere que se le eche la culpa por la naturaleza apócrifa aparente del episodio de la cueva de Montesinos. En este caso habla directamente al lector:

y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa, y así, sin afirmarla por falsa o verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzgar lo que te pareciere, que ya no debo ni puedo más... (II, 24, 713).

El incluye en su historia un comentario sobre su propio acto de enunciación, por ejemplo, cuando se critica respecto de sus digresiones en la primera parte. Dice que continuará siendo fiel a la relación exclusiva de los hechos, según ocurra naturalmente en la segunda parte:

También pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de Don Quijote, no la daría a las novelas, y pasarían por ellas o con prisa, o con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen... Y así, en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece... (II, 44, 848-849).

Pero, irónicamente, en el pasaje que sigue se afirma su capacidad como historiador, lo cual falsea lo que acaba de decir²²:

y, pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de describir.

Este poder es claramente exhibido, por ejemplo, en el intento del moro de presen-

¹⁹ RUTH EL SAFFAR, «The Function of the Fictional Narrator in *Don Quixote*» *Modern Language*. *Notes*, March 1968, pág. 167.

²⁰ BARTHES en «El discurso...», págs. 37-43 habla de los shifters del discurso histórico como signos que remiten a la enunciación.

²¹ Cf. la reacción del traductor a la plática de Sancho y Teresa en II, 5, que demuestra la misma preocupación.

²² Véase a FORCIONE, pág. 146.

tar siempre los detalles más lúcidos de una situación y evitar confusión o malas interpretaciones por parte del lector. Cide Hamete clarifica varios aspectos oscuros, de los cuales citamos algunas instancias de la segunda parte. El explica, por ejemplo, quién es el Caballero de los Espejos después de su encuentro con Don Quijote en el capítulo anterior (II, 15). Se llega a saber que Maese Pedro es realmente Ginés de Pasamonte para entender la reacción de éste frente al caballero y su escudero (II, 27). El episodio de la «cabeza encantada» se explica para el lector (II, 62) como el artificio de la aventura de Altisidora (II, 70). Sin embargo, todas las descripciones de la realidad dadas por Cide Hamete en la primera parte componen el discurso objetivo, «realista», histórico, pero la mención del papel del historiador en este discurso, especialmente en los ejemplos últimamente citados que remite a su propio acto de la enunciación, sugiere otra función del narrador y otro tiempo además del histórico: «La presencia de signos explícitos de enunciación en la narración histórica apuntaría a “descronologizar” el “hilo histórico” y a restituir...un tiempo complejo, paramétrico, no lineal, cuyo espacio profundo recordará el tiempo mítico de las viejas cosmogonías ligado por esencia, también él, a la palabra del poeta o del adivino.»²³ Visto así, el historiador está en el mismo campo del segundo autor en cuanto a la libertad que toma con las exigencias de su disciplina; otra vez se han mezclado lo histórico y lo ficticio.

La libertad de Cide Hamete se expresa en el texto con los puntos de vista personales del historiador que aparecen en el texto. No alcanza a describir todo objetivamente y va más allá de los límites de su papel como historiador. El moro incluye en su historia algunas manifestaciones de emoción u opinión. Expresa su alegría con «¡Bendito sea el poderoso Alá!» cuando tiene otra vez al hidalgo y a su escudero en el camino (II, 8). Expresa su admiración por la valentía de Don Quijote en la aventura de los leones, y su inhabilidad para contar convincentemente los hechos del caballero:

«¡Oh fuerte y sobre todo encarecido y animoso Don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo... Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, o con qué razones la haré creíble a los siglos venideros... Tus mismos hechos sean los que te albeen, valeroso manchego; que yo les dejo aquí en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos.» (II, 17, 657).

Hace una larga crítica sobre la pobreza de Don Quijote (II, 44, 853). En otro instante Cide Hamete lamenta no haber asistido a un incidente en particular: el encuentro de don Quijote con doña Rodríguez: «Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que por Mahoma diera, por ver ir a los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho, la mejor almalafa de dos que tenía» (II, 48, 882). El historiador aún encuentra un

²³ BARTHES, «El discurso...», pág. 40. Además esto nos recuerda la descripción de la historia en el texto mismo, «émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir» (I, 9, 95). También se puede ver una relación aquí con la idea de Cide Hamete como historiador y encantador, como nota RILEY, pág. 333: «Al presentar a Benengeli como un historiador Cervantes respeta el compromiso que el novelista adquiere respecto a la historia. Al desacreditarle diciendo que es moro, pone de manifiesto que la novela no narra hechos que deban ser creídos al pie de la letra. Al tratarle como encantador reconoce que el novelista tiene derecho a operar en regiones extra-históricas. Cervantes nos hace darnos cuenta de cuál es la naturaleza de la verdad novelística y del carácter ficticio de la novela.»

momento para filosofar un poco sobre la naturaleza de la fortuna (II, 53, 811). Además, se registra una censura suya a los duques: «y dice más Cide Hamete, que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos, pues, tanto ahínco ponían en burlarse de dos tontos» (II, 70, 1041).

Se puede decir que en el nivel verbal el historiador del *Quijote* también ejerce su libertad a través del uso de signos ambiguos en su discurso. La mayor parte de las situaciones, los personajes y las cosas descritas por Cide Hamete sólo «parecen», «deben ser», o «muestran ser» y no *son* en definitiva ²⁴:

Que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas a Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso. (I, 19, 173)

En esto, parece ser, o que el frío de la mañana, que ya venía, o que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas o que fuese cosa natural —que es lo que más se debe creer— a él le vino en voluntad y deseo de hacer por él... (I, 20, 185)

pero a todo puso silencio un pasajero que en aquella sazón entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recién venido de tierra de moros... (I, 37, 385).

Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto o envoltorio, al parecer, de sus vestidos, que al parecer, debían de ser los calzones o gregüescos... ,la edad llegaría a diez y ocho o nueve años; alegre de rostro, y, al parecer, ágil de su persona. (II, 24, 716)

su capitán, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporción... (II, 60, 975).

Para él las cosas son solamente aparentes, lo cual no favorece la credibilidad de sus palabras como historiador. Otra vez queda la ambigüedad —uno quiere creer a causa del recurso del historiador y la autoridad supuesta de su disciplina, pero al fin y al cabo se sabe que las verdades son solamente verdades a medias. En el discurso histórico los signos verbales o los significantes deben remitirnos directamente a la realidad (a un referente), pero si estos significantes en sí mismos expresan duda, el poder objetivo del discurso se desvanece y se sugiere que ésta pertenece al campo de lo subjetivo ²⁵. En el caso del *Quijote* esta idea nos remite a la importancia de la inteligibilidad del texto, la unidad y la lógica de la imitación, más que su poder representativo mismo ²⁶.

Para resumir nuestro análisis de los narradores y sus discursos podemos decir que los dos crean un meta-lenguaje en la obra, es decir, un discurso que mira a sí mismo y a su propia naturaleza. «For Cervantes the word simultaneously resonates with its old magical quality and turns back on itself expressing its own emptiness as an arbitrary or conventional construct... the fictional world is repeatedly converted into a multiple regress of imitations that call attention in various ways to their own status as imi-

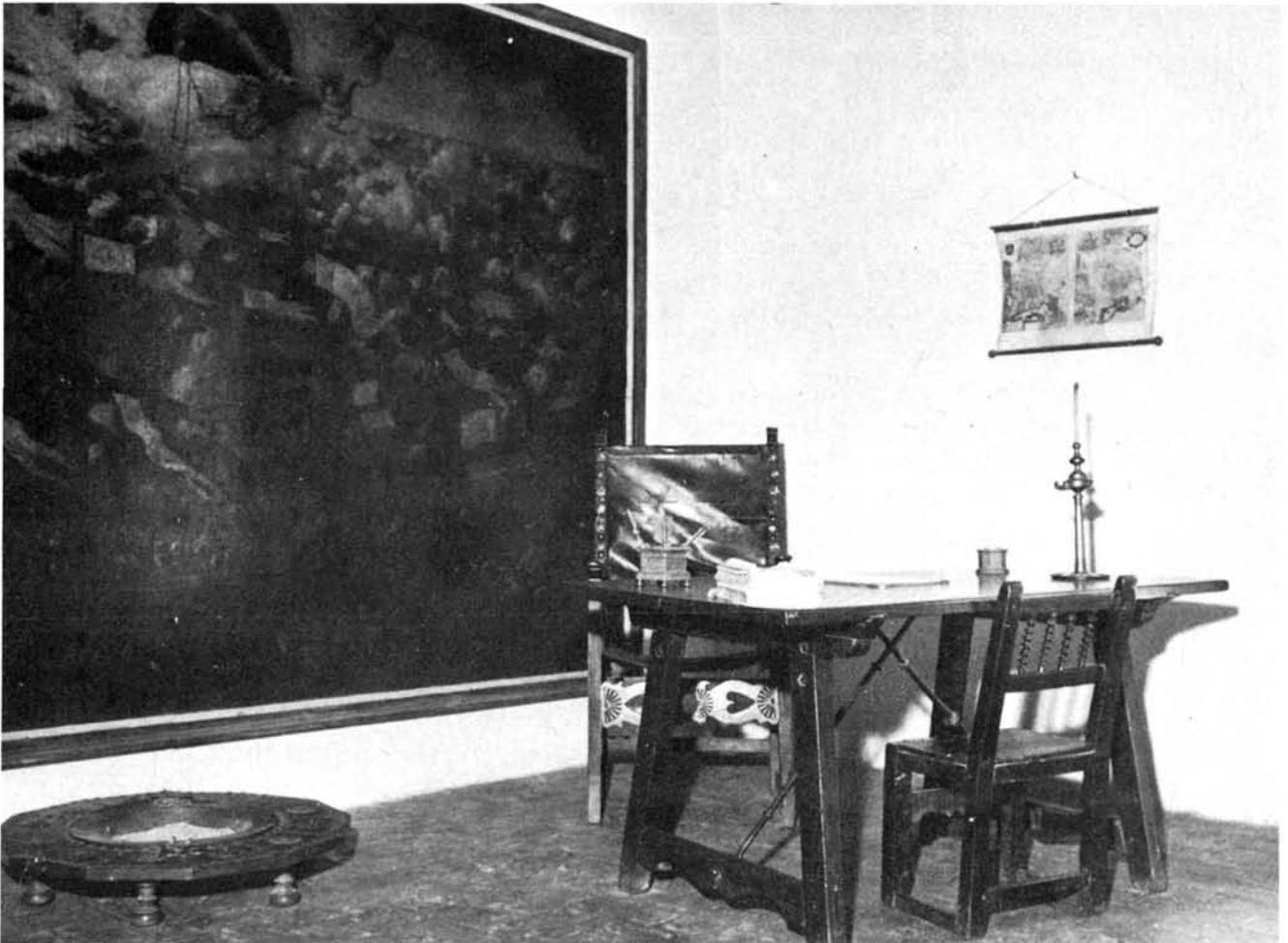
²⁴ Véase RICHARD L. PREDMORE, *The World of Don Quixote* (Cambridge; Harvard Univ. Pr., 1967), págs. 53-83 para un estudio detallado de este asunto.

²⁵ BARTHES, «El discurso...», pág. 49.

²⁶ BARTHES, «Introducción...», pág. 43 dice «la función del relato no es la de “representar”, sino el montar un espectáculo que nos sea aún muy enigmático, pero que no podría ser de orden mimético; la “realidad” de una secuencia no está en la sucesión “natural” de las acciones que la componen, sino en la lógica que en ella se expone, se arriesga y se cumple...»

tations.»²⁷ El texto llega a ser auto-referencial a causa de la conciencia de los narradores respecto del arte de la enunciación y el proceso mismo del discurso.

ROBERT M. FORD



Detalle del estudio de Cervantes en su casa de Valladolid. Como fondo, una gran pintura alegórica de la Batalla de Lepanto

²⁷ ROBERT ALTER, *Partial Magic* (Berkeley and Los Angeles: Univ. of California Pr., 1975), pág. 11.